

Volver el racismo como problema en América Latina y pensarlo como dispositivo de poder

Recibido: 19.02.2020 / Aprobado: 23.05.2020

Danny Ramírez-Ayérdiz¹
<https://orcid.org/0000-0001-7572-6605>

Resumen

En este trabajo el autor reflexiona sobre las potencialidades que sigue teniendo el racismo en la configuración y la articulación de las relaciones de poder en América Latina. En ese sentido, el autor considera que en los colores y en los fenotipos el dispositivo racista ha impreso en las pieles, colores y fenotipos una lógica compleja, pero no indescifrable a través de las que se puede leer supuestas calidades de perfección y superioridades civilizatorias -lo blanco- y por otro controvertidas derrotas, expiraciones e inferioridades -lo indio, negro, amarillo, etcétera.

De tal modo que este dispositivo ha delegado en el color y la piel de quien la porta una capacidad potente de lectura histórica de pueblos enteros, de sus avances y expiraciones, de sus conformaciones ontológicas y epistémicas, todo, por supuesto, en el marco de la mirada colonizadora eurocéntrica/blanca, mirada implantada por las lógicas de dominación en las sociedades de Nuestra América.

Palabras clave: Raza, color, dispositivo, blanquitud, eurocentrismo, indígena, negritud, mestizaje.

Abstract

In this work, the author reflects on the potentialities that racism continues to have in the configuration and articulation of power relations in Latin America. In this sense, the author considers that in the colors and phenotypes the racist device has printed on the skins, colors and phenotypes a complex logic, but not undecipherable through which one can read supposed qualities of perfection and civilizational superiorities -the white- and by another controversial defeats, expirations and inferiorities -the Indian, black, yellow, etcetera-.

In such a way that this device has delegated in the color and the skin of the bearer a powerful capacity of historical reading of entire peoples, of their advances and expirations, of their ontological and epistemic conformations, all, of course, within the framework of the Eurocentric/white colonizing gaze, gaze implanted by the logics of domination in the societies of Our America.²

Key words: color, device, whiteness, eurocentrism, indigenous, negritude, miscegenation.

Emergencia del dispositivo racista

El racismo es un dispositivo que se desarrolla y se renueva constantemente con el paso de los siglos como pleno integrante del patrón mundial de poder vigente. Si bien, nos dice Quijano, la raza, eje propio que nace en el marco del colonialismo, la primera ha probado



Danny Ramírez

ser el más duradero y eficaz que la última (Quijano, 2000, p. 201; Segato, 2007, p. 142-143). Esta perdurabilidad, vigencia y plena funcionalidad de la idea de raza, más allá de las vocaciones particulares de proyectos temporales perpetrados por Europa/(después Europa/Norteamérica) como el imperialismo y las otras formas de dominación/genocidio de los pueblos desde la

1 Feminista, magíster en derechos humanos y democratización, becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET-Argentina). Doctorando en Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Estudios sobre Centroamérica en la UBA. Docente asociado del ICEJP-UPOLI. Contacto: dannyramirezayerdiz@gmail.com

2. Traducción del autor



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas

constitución de América, sólo es posible por el hecho que la raza constituye progresivamente desde el descubrimiento el primer criterio fundamental para la distribución mundial, incluso en nuestros tiempos (Quijano, 2000, p. 203).

En América y desde América la raza será en adelante la forma predominante sobre la que Europa fundamentará su lugar de metrópoli universal, no sólo en términos de metrópoli comercial sino intelectual. Es la potencia mortífera de la superioridad militar la que permitió sus expediciones de subalternización y supresión física, epistémica y acelerada de pueblos enteros en todo el mundo.

La eficacia del terror genocida europeo ejecutado en el *Nuevo Mundo* será leído después por el invasor desde un sentido positivo que le hará emerger a sí mismo como la cúspide final de todo un proceso civilizatorio histórico que, por supuesto, él inventa y al declarar al resto de la población de lejos como inferior a la europea, expresa su superioridad en todos los términos y constituye desde el binarismo, característico central de la modernidad eurocéntrica, a las alteridades/otredades contemporáneas de esta nueva experiencia de dominación basadas en la idea moderna de raza.

Elevarse como culminación final de todo un proceso civilizatorio desde una animalidad hasta una humanidad completa -última que perceptiblemente es europea-, no hubiera sido posible sin el valor de la novedad inaugurado por la llegada de las carabelas según Segato (2018). Existe un traslado de lo trascendente en la historia del pasado al futuro y así la novedad se constituirá en valor central de la modernidad. Por eso es por lo que en América se funda la modernidad (Wallerstein y Quijano 1992, en Segato, 2018, p. 92).

La disolución epistémica de los mundos da paso y permite una nueva y absoluta constitución moderna de los cuerpos políticos con capacidades (Bentouhami-Molino, 2016, p. 86), con alcances verdaderamente mundiales (*sistema/mundo* en Wallerstein, 1979) los blancos, pueden ser, *producir verdad y saber* y los/otros con enti-



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: Trenzando sueños. Lapicero sobre lienzo. 50cm x 40cm.

dades anuladas y que serán un campo natural y salvaje para ser sólo leídos y sujetos /objetos impuestos de verdad y saber.

Cada cual, obviamente, en una región de la tierra, pues como se dijo, la raza será el método eficaz de clasificación de la población, sobre la base de la división internacional/racial del trabajo con las relaciones de capital (capital-salario con sede en Europa, la Europa productora de la *verdad-conocimiento* en su sentido cartesiano) como eje articulador de las demás formas de explotación (en las demás regiones: esclavitud, servidumbre-no-medieval, reciprocidad, etc., asumidas por los no blancos, en su estado de semihumanidad/deshumanidad tendenciosa a la violencia según el racismo científico) (Quijano, 2000; Bentouhami-Molino, 2016). A fin de cuentas, Segato, en este sentido dirá que es la raza la que permite la narrativa del desarrollo y la subdivisión del mundo en desarrollado y subdesarrollado (2018, p. 90). Por supuesto, esta narrativa es coincidente -no por casualidad- con la división racial de la tierra.

Esta constitución moderna de cuerpos políticos anulará la capacidad ontológica y epistemológica de las otredades no blancas, ubi-

cándolas en un proceso de *animalización*, en un estado permanente de naturaleza donde ni siquiera ahí tienen un estatus suficiente capaz de organizarse hacia una sociedad ordenada por un pacto o por el terror/protección colectiva según Hobbes o Rousseau.

Esta modernidad que luego se presentará como imparcial y humanista terminará de implantar a su universalidad imposible de superar, una universalidad superior, inalcanzable, absoluta. Esa modernidad que, como nos dice Dussel, no es otra cosa que una praxis continua de violencia. Con efectos plenamente vigentes, el europeo creó un régimen de equivalencias globales que sustituyeran y liquidaran las alteridades locales, es decir, “un exterminio de la experiencia de la alteridad” (Segato, 2007, p. 142) y lo siguen realizando a través de las mitificaciones nacionales que adjuntaron en la cultura como la expresión mimetizada del racismo naturalizado (Bentouhami-Molino, p. 89).

Así pues, la superioridad de la dominación que se logra en un par de siglos sobre las demás regiones de la Tierra permitirá dar lugar, al natural de Europa la alteridad perfecta –una perfección que obviamente será novedosa en el entender mismo del europeo dada la no tan lejana decadencia medieval- y, por tanto, providencial. Su superioridad sólo tiene una explicación netamente histórica: El *Viejo Mundo* fue llamado a ser el futuro articulador de todo el mundo.

Esta superioridad fue llenándose de códigos y epistemologías complejas, supremacistas que no tardaron mucho en codificar, en un esfuerzo totalizante y decisivo al color de la piel como marca, como signo visible en el que es-

tará impreso en adelante la historia de las victorias y las subordinaciones eurocéntricas sobre los demás pueblos. El color base será el blanco y él producirá la blanquitud que, en adelante, se constituirá como el color capaz de explicar por sí mismo que Europa había ganado su lugar definitivo en términos de culminación de cualquier otra gesta pasada de universalidad: esto es el dispositivo racista.



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *La hermana mayor*.

Cuando el europeo logró que mediante los colores de la piel se tuviera la capacidad de poder leer la historia misma de los pueblos, sus supuestos rezagos e inferioridades, el dispositivo racial había alcanzado su perfección y tanto colonizadores como colonizados pasarían a leerse respectivamente desde supuestos colores-historias.

En las sociedades periféricas y dependientes, correspondientes y agencializadas de Europa/Norteamérica, los

blancos básicamente han continuado sirviéndose del dispositivo racista colonial para entronizarse, sin ser percibidos, como dueños del poder. Este *desapercibimiento* que logran escamotear a través de los imbricados relatos nacionales desteñidos de toda referencia real o preponderante de las razas y si existe alguna referencia a ellas, se construirá sobre una lógica que hegemoniza alguna y arqueologiza a las demás.

Con el tiempo, el invasor, el colonizador, el burgués en el Norte y el heredero del poder colonial en el Sur o en *los sures*, a través del control constante de los aparatos ideológicos, culturales y religiosos, alcanzará hacer del dispositivo racista uno que, plenamente integrado en las dinámicas estructurales de desigualdad, no es capaz de ser desactivado a causa de la naturalización de las relaciones de dominación y colonización

constantes que el Estado presidirá –y no precisamente monopolizará- sobre las existencias de las sociedades.

En esto último descrito, pues, reside la potencia indiscutible y la vigencia perenne de lo que en este artículo llamamos el *dispositivo racista* a través del que el patrón hegemónico del poder vigente articula la división tanto interna como global del trabajo, ante todo, a través de una lectura mental del color.

Primero es lo primero: el controvertido “humano desracializado” de la globalización

La globalización, que se produce en el neoliberalismo al que Foucault, acertadamente, llamó la escalada más insidiosa del capitalismo y que flota en el marco de una apropiación definitiva de todo, nombrado mandato de *dueñidad* por Segato -al que identifica como la fase *apocalíptica* del capital- (2018, p. 79), ha llevado a una supuesta superación -pero que no uniforma- a las identidades raciales/étnicas/culturales, sobre todo desde la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, esta superación discursiva de todas las identidades aparentemente pertenecientes al pasado -y sostenido en gran medida por el acatamiento acrítico de la universidad periférica sujeta a la división internacional del trabajo intelectual (Segato, 2018, p. 34), en donde lo racial es *mal visto* porque crea fisuras en esa supuesta ideología totalizante- ha dado lugar al nuevo humano desracializado, que es libre porque ahora se mueve en el marco de la ola de esta nueva etapa de la modernidad tecnológica que nos saca del ostracismo etno-culturalista y nos obliga a estar *conectados* entre todas las naciones y personas.



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *Minero de la costa caribe.*

Lo anterior es un engaño, por supuesto: la desracialización y otros discursos equivalentes, como el multiculturalismo -*tritador de las identidades* al decir de Segato (2018)-, se mueven al mismo tiempo, es decir, simultáneamente, con una acumulación voraz de riquezas/recursos/ fuerzas y vidas en el mundo entero que requiere la desterritorialización de pueblos completos y la expulsión de sus vidas colectivas.

Estos hechos sólo pueden lograrse a través de un público preparado que ve estos hechos, pero que es insensible ante el dolor ajeno, y ya acostumbrado, por tanto, a la potenciación absoluta de la crueldad (Segato, 2018), sobre todo

si esta acumulación voraz, esta *dueñidad absoluta* requiere la letalidad, la muerte de pueblos cuyos miembros, como veremos más adelante, no existen o pertenecen al pasado.

La muerte de indígenas expulsados de sus tierras o llevados a la muerte por la explotación en campos de criollos, requieren que quienes, si

pertenecen a esta *nueva humanidad* desracializada y cuyo espectro cultural ya no es el étnico o el religioso, sino el tecnológico, vean la ausencia de humanidad en quienes mueren en genocidios planificados, pero ablandados por el periodismo insensible y funcional al mandato de *dueñidad* (Segato, 2018, p. 79). En palabras de la misma autora, una espectacularización de la muerte que banaliza la humanidad de quien es asesinado, en este caso, si es un ser que *pertenece al pasado*, “una muerte que no importa, sin ritual”, una muerte ajurídica, en un territorio sin derechos que saca la sacralidad al cuerpo, sacralidad entroncada en espectro de la dignidad humana -ambigua y complejizada hasta el hastío en la teorización occidental- y, por tanto, al derecho de no ser ejecu-



Autor: Marvín Martínez Jr. Título: *A un héroe*. Técnica: bolígrafo azul sobre cartón blanco. Medidas: 0.40 x 1mt

tado, si se quiere, leído todo esto desde el *homo sacer* de Agamben (1995).

Para matar -o dejar morir, si pensamos en términos *biopolíticos* de Foucault- al que se aferra a la racialidad ya superada y declarada fenecida por la globalización, es necesario que su existencia sea nula y, además, caduca. Contradictoriamente a esa supuesta desracialización promocionada por el capitalismo que lee técnica y no entes, en su actual fase, deja morir o mata directamente al no blanco. No nos llamemos a engaño: no existe tal nuevo humano desracializado, la potencialidad genocida del capitalismo y sus expresiones presentes o pasadas siguen articuladas sobre la base de la clasificación racial del mundo, de esa *geografía social del capitalismo*. La raza es la experiencia básica de dominación capaz de ser negada con los más elaborados argumentos.

El distinto no sólo lo será en términos *objetivos* de un mero prejuicio cultural, sino que lo es a nivel simbólico, en el ámbito de lo pre-discursivo, en adelante, y las diferencias raciales serán tomadas desde *afuera* de lo cultural, es decir, en la naturaleza, nos recuerda Fanon en Bentouhami-Molino (2016, p. 63). Es decir, en lo biológico, ámbito en el que descansa la idea occidental binaria de naturaleza, permanecerá ese distinto derrotado, después que ese otro lado contrapuesto, ese ser racional, lo europeo, ha logrado dominar al mundo.

Obviamente, y más importante será demostrar que es la superioridad en términos humanísticos la que justifica la superioridad y no debido a la inmensa elaboración del tejido apresurado de las redes del dominio capitalista que sucedía al mismo tiempo, sobre todo, robando desde América y comerciando miles de personas desde África y que hoy posicionan, tanto América como África, al lugar que tiene Europa/Estados Unidos en el mundo como centro-global.

La preterización de los dominados que con naturalidad concluyó Europa y la definitiva e inagotable vigencia de esta, sólo es posible con América, y sus inmensas riquezas y la esclavitud negra como mano de obra que producen los bienes que enriquecerán inmensamente a las metrópolis.

Sin embargo, el mito de la superioridad de Europa no es otra cosa que la articulación profunda del racismo y su naturalización. Por eso es por lo que lo subjetivo y el campo de lo simbólico, será el ámbito donde la modernidad y el eurocentrismo -los marcos de dominación intelectual/epistemológica-, depositará al racismo y sus mecanismos para encriptarlo como parte de una racionalidad preconciente, pre-discursiva que no cuestiona cómo el blanco como grupo dominante, al decir de Segato (p. 138, 2007), se “entroniza” en las instituciones sociales para su control sin ser percibido.

La producción justificada de racismo desde la cultura

Aníbal Quijano prudentemente ha reiterado que lo que llamamos cultura, es el vaciamiento de las élites de sus moldes de dominación para las poblaciones (*las gentes*). La cultura latinoamericana, sostenida desde los discursos de las instituciones hegemónicas de la educación, la religión y el Estado, difunden, generalmente, una visión que materializa y petrifica las prácticas de racismo, visibilizándolas, pero sin decodificarlas. Las constantes referencias a las razas tienden a folklorizarse como una mimesis de eventualidades que queriendo representar al pasado colonial, en realidad retrata un presente cargado de racismo, pero inobjetable.

Al decir de Fanon, el racismo entra a la cultura ya como un pre-discurso al que no hay necesidad de decodificar. En las expresiones culturales, sus representaciones ya están resueltas, por muy ambiguas que estas resulten y, por tanto, no valen la pena deconstruir por efectos de una naturalización simbólica, si se quiere, en el sentido lacaniano. Bentouhami-Molino (2016, p. 63), pensando sobre Fanon en la relación cultura-raza nos ayuda a entender que esta dimensión simbólica será la que cree las diferencias raciales como fuera de la construcción cultural. Estas funcionarán socialmente, en el discurso y en las prácticas, como una *naturaleza* traducible en términos de atraso social, cultural, político o de falla psíquica. La misma autora nos dice sobre la normalización del racismo, desde la dominación de las mentes: "se trata de producir justificaciones sociales de la dominación colonial a través de descripciones normales de la vida cotidiana". Es decir, las descripciones como justificación del orden social (2016, p. 89).

Por eso, como la cultura folkloriza al tema racial en sus expresiones, da por cerrado el símbolo al que alude y esa manifestación *muda, silente* de lo racial, da una explicación de la desigualdad racial como forma estabilizada, tal como lo hace con la desigualdad de género, al decir de Segato (2018, p. 27). Al ser la cultura la exposición resumida del consciente social, la representación muda que hace del racismo al que nos referimos,

lo exhibe como una normalidad con dimensión inalcanzable, como explica también Segato con el papel de la cultura como estabilización de *la normalidad patriarcal*.

Segato aclara en su *Contra pedagogías de la crueldad* (2018) que género y raza son análogos en la estructura de producción de la diferencia como desigualdad. Además, nos dice que la raza no es otra cosa que la atribución de una biología, de un fundamento orgánico, a una desigualdad que se ha instalado como consecuencia de una victoria bélica (p. 38). En otras palabras, la raza es una biologización de la desigualdad según Segato. Azaldúa (2016), desde sus trabajos sobre *chicanismo*, aporta lo que titula como *tiranía cultural*: "La cultura conforma nuestras creencias. Percibimos la versión de la realidad que transmite esa cultura. Los paradigmas dominantes, conceptos predefinidos que existen como algo incuestionable que no se puede desafiar, llegan a nosotros por medio de la cultura. La cultura está hecha por quienes tienen el poder -los hombres-" (p. 57).

El combate de los marcos ideológicos del racismo, estabilizados en la cultura, nos lleva hacia cuestionar a la cultura cuando este conjunto de manifestaciones hegemónicas petrificadas se considera incuestionable. La cultura como racismo, así como la interpretación del género como cultura, nos alerta de un viraje hacia el culturalismo "como sinónimo de fundamentalismo". Es necesario ponerle límite al culturalismo que se presenta como "cancelación del flujo temporal de la historia" (Segato, 2018, pp. 28-29) y que justifica al racismo como elemento central e inalterado del consciente colectivo. En este punto es menester la claridad con la que Lila Abu-Lughod, nos cuenta Bentouhami-Molino, escribió que: "hay que escribir contra la cultura" (2016, p. 89).

La cuestión del color

Segato (2010, p. 20), en su grilla del ágora de la modernidad, establece el ser blanco como uno de los requisitos para ser *natural* y pleno de este sistema de racionalidad impuesto por Europa. Por nuestra parte, en este trabajo utilizamos el término blanquitud para entender la dimensión

de poder naturalizado y articulador que este color establece por encima de los demás, no sólo en términos puros del poder, sino hacia otras dimensiones donde podríamos no pensar que este factor influya, en donde este color es el estándar impreso y canónico, por ejemplo, de lo ético. Echeverría (2007) define la blanquitud como “[...] la visibilidad de la identidad ética capitalista en tanto que está sobredeterminada por la blancura racial, pero por una blancura racial que se relativiza a sí misma al ejercer esa sobredeterminación”.

El ser blanco es el definitorio y con seguridad es el más prominente de todos los demás que integran el test del ágora del *sujeto nativo* de la modernidad de Segato (2010), test que explica como:

Sin embargo, como ya otros autores han afirmado, este ámbito, esta ágora moderna, tiene un sujeto nativo de su espacio, único capaz de transitarlo con naturalidad porque de él es oriundo. Y este sujeto, que ha formulado la regla de la ciudadanía a su imagen y semejanza, porque la originó a partir de una exterioridad que se plasmó en el proceso primero bélico e inmediatamente ideológico que instaló la episteme colonial y moderna, tiene las siguientes características: es hombre, es blanco, es pater-familiae –por lo tanto, al menos funcionalmente, heterosexual –, es propietario y es letrado (p. 20)

La blanquitud es el elemento acaparador, superior y ordenador de todos los aparatos y dispositivos culturales, académicos, económicos

y de poder político del mundo actual en tanto que ser blanco implica *per se* un acceso natural a estos ámbitos señalados. No obstante, no es sólo natural en términos de incuestionable e incluso, providencial, si no, por un lado, canónico y por otro, neutral. Estas atribuciones que descansan sobre el reflejo de un reflejo pictórico sólo pueden ser así debido a que la preeminencia de lo blanco habla de la consagración de la victoria histórica europea sobre los demás pueblos, incluso para hablar de civilización. No obstante, Echeverría (2007) es coincidente con Quijano (2002) cuando relaciona que esa consagración

definitiva de lo blanco como moderno, sucedió en un trayecto de tres siglos en el que:

El rasgo identitario-civilizatorio que queremos entender por “blanquitud” se consolida, en la historia real, de manera casual o arbitraria sobre la base de la apariencia étnica de la población europea noroccidental, sobre el trasfondo de una blancura racial-cultural. A lo largo de tres siglos (del siglo XV al XVIII), esa casualidad o arbitrariedad se fue convirtiendo poco a poco en una necesidad y pasó a ser codeterminante de la identidad moderna del ser humano como una identidad civilizatoria capitalista, en su variante puritana o “realista”.

Es gracias a este quid pro quo que el ser auténticamente moderno llegó a incluir entre sus determinaciones esenciales

el pertenecer de alguna manera o en cierta medida a la raza blanca y consecuentemente a relegar en principio al ámbito impreciso de lo pre-, lo anti- o lo no-moderno (no humano) a todos los individuos, singulares o colectivos, que fueran “de color” o simplemente ajenos, “no occidentales” (p. 4).



Título: *Cuida de mí (si cuida de las aves, cuanto y más cuidará de mí?)*. Técnica: cera para zapatos (betún) sobre lona. Dimensiones: 120 cm x 70 cm

La blanquitud, en la lógica profunda del aparato ideológico dominante, es el color mismo y correlato de la *modernidad*, el *neoliberalismo* y la *globalización*. Lo blanco refiere a una visualidad incuestionable, una ontología perfecta, afinado con total naturalidad en la conciencia de las regiones periféricas como legítimo y superior. Este color refiere a propiedad y naturalidad para el ejercicio del poder mundial. Es un color que representa, que es sinónimo de una acumulación histórica y perfecta de victorias que la presentan hoy como la culminación acabada de lo civilizado.

Por eso, blanco más que una ontología perfecta, es un color que explica la noción misma de la ontología posible, necesaria y modélica. Es una ontología que remite, en el ámbito biológico, a la plenitud del humano. A este color y los fenotipos relacionados con él, le corresponde ser norma y test de lo estético, de lo visual.

Hay en él, incluso, una clara asociación con mérito de totalidad por ser correlato claro de buen ciudadano, buenas costumbres, buena ascendencia, todos presupuestos *iuris et de iure* con relación a las otras racialidades pensadas dudosas y como *problemas* insistentes, lógicamente, por la modernidad eurocéntrica que neutraliza y sacraliza a la blanquitud como canon, según nos explica Segato en su reflexión acerca de la plenitud ontológica del blanco en su *grilla de la modernidad*:

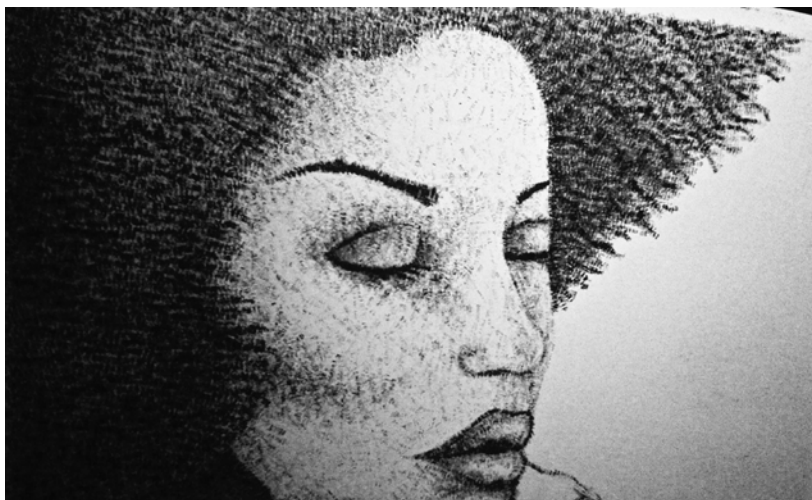
De acuerdo con el patrón colonial moderno y binario, cualquier elemento, para alcanzar plenitud ontológica, plenitud de ser, deberá ser ecualizado, es decir, conmensurabilizado a partir de una grilla de referencia o equivalente universal. Esto produce el efecto de que cualquier manifestación de la otredad constituirá un problema, y solo dejará de hacerlo cuando tamizado por la grilla ecualizadora, neutralizadora de particularidades, de idiosincrasias. (2010, p. 20)

La posibilidad de que estos discursos morales sean asociados con este color, permite la instauración de un sistema de dudas con relación a los seres que portan otros tonos del panto-ne humano. Mientras se presume no delincuente al blanco el negro o el mestizo es siempre considerado un peligro, sobre todo para la propiedad privada común.

Sin embargo, estos correlatos no son casuales ni arbitrarios con relación al tiempo. Son una total construcción social elaborada por quienes tienen la capacidad de fabricar para sí el máximo prestigio social con referencia a su color. Obviamente, esto sólo es posible porque los ejes de lo aceptable dentro de lo binario, siempre partirá de lo blanco cuando se trata de juzgar las identidades que no le son compatibles. Nos sigue explicando Segato (2010):

Ese enyesamiento en posiciones de identidad es también una de las características de la racialización, instalada por el proceso colonial moderno, que empuja a los sujetos a posiciones fijas dentro del canon binario aquí constituido por los términos blanco –no-blanco [...] (p. 23).

Así los colores, en el marco de este dispositivo racista, tienen la potencia de ser usados para definir el lugar social, el peso moral e histórico. Si con ojos del dominador, una persona cualquiera al ver a otra racializada indígena, con su tonalidad amarronada y sin haber hablado con ella,



Autor: Marvin Martínez Jr.

tiene la capacidad testear un diagnóstico total en el que seguramente el testeado es ignorante, indio –en su sentido más despectivo–, mal educado –sin modales–, pobre y atrasado, esto quiere decir que en los colores se ha depositado una potencialidad profunda para ordenar a la sociedad mediante las diversas relaciones de poder. Piénsese cuál sería el resultado cuando se trata de una persona blanca. Definitivamente, no serían los mismos juicios morales.

Este test profundo nos permite comprobar la plena existencia del dispositivo racista cuya configuración es mental y que se alimenta absolutamente por las pautas petrificadas, dijimos, en la cultura hegemónica en todo lo amplio posible que pueda caber en este sistema. Es la versión hegemónica de lo cultural lo que hace funcionar de manera inadvertida al dispositivo racista y es ella el lado común, cotidiano de la modernidad que se presenta como imparcial, humanista y desentendida de cuestiones tan ufanas como el racismo. Sin embargo, el dispositivo racista, es un producto directo de la episteme moderna y que, ya instalada en la gente y el sistema social a través de la socialización, da la posibilidad de que la gente pueda descifrárselas a través de tres lecturas simultáneas: la arqueológica, la epistémica y la ontológica.

La lectura arqueológica

Del otro lado del *pantone*, se encuentran los otros colores de las gentes que no remiten a, ni son correlatos de perfección y civilización. El dispositivo racista, plenamente integrado en las lógicas de dominación del capitalismo y quizá la articulación más importante para lograr la división internacional del trabajo, logró hacer de las pieles y sus colores una racionalidad profunda y perfectamente codificada en la que a través de estos atributos puede fosilizar la existencia de la gente o declararla vigente.

Las pieles y sus colores tan profundamente heterogéneos tienen la atribución de permitirse leerse atributos y trayectorias históricas colectivas/individuales. De este modo, el dispositivo racista establece a través de la piel correlatos que acompañan el estado actual de la división internacional del trabajo en su base racial.

Blanco siempre remitirá –y esto es mucho más acentuado si se proviene de tierras europeas– a una historia de superioridad, de adelanto, de plenitud y, sobre todo, de vigencia. Esta piel siempre será portadora de civilización. No puede ser de otro modo: el europeo colonizador y sus herederos del poder impusieron una lectura del vencido como una cultura degradada y racializada que no llega a civilización (Segato, 2006) –atributo exclusivo de la blanquitud–.

En una cosa queremos insistir y es el carácter vigente que remarcamos para la blanquitud. Es en este atributo de vigencia donde reside la capacidad arqueológica del

dispositivo racista: nunca lo indígena, lo negro y, en general, las otras racialidades menos claras, serán consideradas como suficientes para ser respetadas actualmente. Sus colores llevan aparejado consigo una configuración que las ubica en el atraso no sólo socioeconómico –primera lectura del prejuicio racial– si no histórico. Estamos hablando de una obsolescencia de los colores, producida por una:

“nueva perspectiva temporal de la historia”, donde “reubicaron a los pueblos colonizados, y sus y respectivas historias y culturas, en el pasado de una trayectoria histórica cuya culminación es Europa. Pero, notablemente, no en una misma línea de continuidad con los europeos, sino en otra categoría naturalmente diferente. Los pueblos colonizados eran razas *inferiores* y -por ello- *anteriores* a los europeos. (Quijano, 2002, pp. 210-211)



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *Las niñas de UNICEF*.

Los no claros de piel son vestigios que existen como arrastre de un pasado que fue vencido por la capacidad de Europa de imponerse en la historia universal como el último tramo civilizatorio. Pero, esta lectura arqueológica de las pieles no se queda tan sólo a nivel racional: la consideración de plenitud humana, desde esta perspectiva, está profundamente mancomunada a las culturas e historias pasadas y presentes que esas pieles reflejan.

El racismo, como dispositivo de testeo visual, por tanto, no lee sólo un color en presente: él tiene la capacidad de ver, de ojear con esta hondura arqueológica poderosa las precedencias, retrasos y supremacías de pueblos enteros –deslizamientos temporales creados, por supuesto, por el eurocentrismo-. Es por eso, que el racismo no es como tal tan sólo una lección de odio al presente del individuo, grupo o pueblo: es una lectura completamente histórica y totalizada, que rechaza, cancela y anula, en favor de la única ontología perfecta y civilizada, a todo lo demás: indio, mestizo, amarillo, negro.

Ciertamente, este rechazo tiene graduaciones según el relato que las élites haya depositado en una racialización específica de los mitos fundacionales y perennes de la nación que, en Latinoamérica, siempre o casi siempre tienen una explicación racial, sin que cada raza sea considerada *un signo* decodificable.

Nos dice Segato (2007): “[...] Lo fundamental es recordar y entender que *color es signo* y su único valor sociológico radica en su capacidad de significar. Por lo tanto, su sentido depende de una atribución, de una lectura solamente compartida y de un contexto histórico y geográficamente limitado” (p. 133).

Cuando la lectura colorida también se junta a los rasgos fenotípicos, es posible ver cómo el dispositivo racista es capaz de realizar una

acción perfecta en términos, incluso de asociar esas vigencias y expiraciones de la que venimos hablando en la lectura arqueológica, con pueblos concretos que *ya no existen* o que, *aun existiendo hoy*, son enclaves del pasado. Aquí, la lectura arqueológica adquiere formas que determinan el derecho de existir o no en el presente de personas y pueblos en la actualidad. Formas racionales que no son extrañas a Occidente llevarlas a la práctica, sobre todo cuando se trata de genocidios por razones étnicas o raciales, que no son ni ajenas ni externas al pensamiento general eurocéntrico.

Siempre antes de estos exabruptos, en los que ha desembocado una y otra vez el pensamiento eurocéntrico, estos marcos racionales fosilizaron las existencias de aquellos considerados como “inferiores” o “arrastrés el pasado”. Por tanto, existe un peligro constante en nuestros tiempos de sigan habiendo expulsiones de la vida de grupos y pueblos racializados con la aprobación de los marcos vigentes de pensamiento basado en estos deslizamientos temporales de los que hemos venido hablando.

La lectura epistémica

Así, el dispositivo racista, al hacer una lectura hacia el pasado, arqueológica de la piel y sus desplazamientos y precedencias, también ejerce un mecanismo que simultáneamente lee el presente de las personas y su color,



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: Grupo de danza afrocolombiana Wangari

relacionándolas con regiones y poderes: el racismo es también una lectura geopolítica que no precisa *saber* de lo geopolítico tanto como para aceptar o rechazar a una persona por no pertenecer a la única ontología posible y perfecta.

Con esto queremos decir que el racismo es a la vez una lectura presente y geográfica del color: lo blanco es correlato de regiones concretas de la Tierra donde lo supremo o lo desplazado tiene lugar: Europa/Norteamérica, por ejemplo, es el lugar común de lo blanco. Es ahí todo perfecto porque el dispositivo racista, en su lectura presente y geográfica del color, asociará siempre a lo blanco con una región concreta. Incluso si quien ejecuta el acto racista jamás ha visitado aquellos lugares superiores o inferiores a los que relaciona su lectura racial y geográfica del color.

Sin embargo, también es menester recordar la capacidad misma de producir verdad (blanquitud/eurocentrismo) y ser sujeto/objeto de la verdad (otredades), que ha elaborado la visión hegemónica de la división intelectual en la sociedad. Quijano nos explica con claridad dos mitos que son centrales en el entendimiento de esta lógica verdad/sujeto de verdad que incluso se imprime en los cuerpos. Por un lado, el peruano manifiesta sobre el evolucionismo y el carácter unidireccional y unilineal de la historia donde, inevitablemente, el estado de naturaleza que culmina en Europa (occidental).

Según él “dicho mito fue asociado con la clasificación racial de la población del mundo. Esta visión produjo una visión en la cual se amalgaman, paradójicamente, evolucionismo y dualismo” (2002, p. 220). Esta culminación del estado de naturaleza conduce un proceso de productora mundial de la verdad y, por supuesto, ejerce su monopolio.

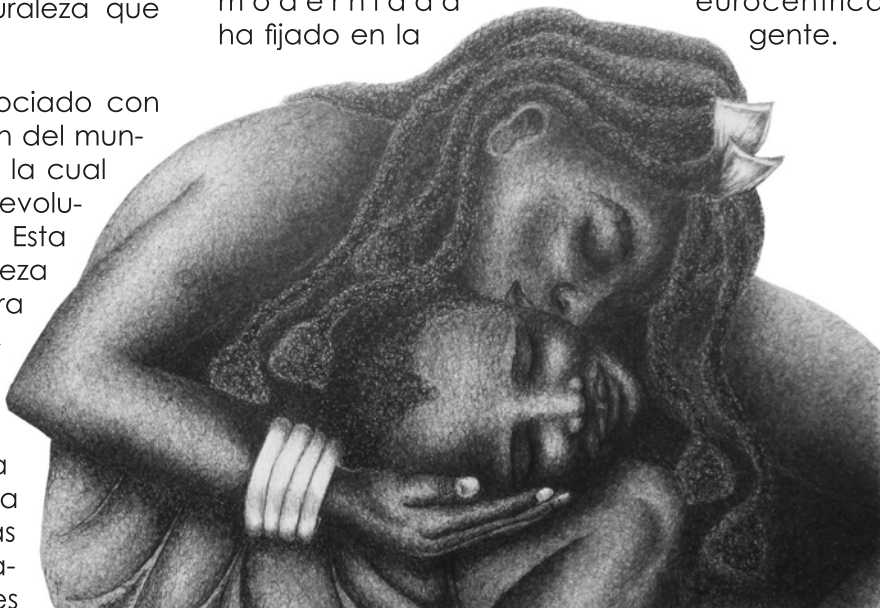
De esa racionalidad se asocia al mismo tiempo, la idea que esa modernidad que es racional y que ha logrado Europa al momento de las grandes irrupciones coloniales, les haría pensar que los cuerpos/otredades

no blancas no son racionales y pertenecen al ámbito de la naturaleza. Quijano (2002) afirma:

Sin esa “objetivización” del “cuerpo” como “naturaleza”, de su expulsión del ámbito del “espíritu”, difícilmente hubiera sido posible intentar la teorización “científica” del problema de la raza, como fue el caso del Conde Gobineau durante el siglo XIX. Desde esa perspectiva eurocéntrica, ciertas razas son condenadas como “inferiores” por no ser sujetos racionales. Son objetos de estudio, “cuerpo” en consecuencia, más próximos a la naturaleza. En un sentido esto los convierte en dominables y explotables (pp. 224-225).

La lectura ontológica

El dispositivo racista, al imprimir en las pieles y ciertas veces en los fenotipos de las personas de manera totalizantes presencias y ausencias de sus pueblos, las victorias y las subalternidades de la lectura imperante de la historia eurocéntrica, automáticamente tiene la capacidad de crear, de ontologizar, de constituir a los individuos y sus existencias sociales –o suprimirlas-. No puede ser de otro modo: al igual que con el género, la importancia social y existencial –transcendencia/inmanencia- de las personas es producto de lo más humano o menos humano que la *m o d e r n i d a d* eurocéntrica ha fijado en la *g e n t e*.



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *El último abrazo*.

Para esto ha depositado en el dispositivo racista la facultad de asignar la importancia histórica no en el sentido de las clases, si no en el lugar del horizonte mismo de los caminos civilizatorios ya sea desde el lado de la victoria o desde la eterna derrota. Segato (2007) sobre lo que significa ser negro en Brasil:

En sociedades de estas características, ser negro significa exhibir los rasgos que recuerdan y remiren a la derrota histórica de los pueblos africanos frente a los ejércitos coloniales y su posterior esclavización [...] pero el significante negro que exhiben será sumariamente leído en el contexto de la historia" (p. 134).

Si bien es menester anotar que este poder conformador del ser puede tener modificaciones o desplazamientos, como hemos dicho, según los relatos declarados u ocultos de los mitos nacionales –estamos hablando para Latinoamérica-, con relación a los seres racializantes o racializados, existe en la región un marco común general que sigue vigente desde la colonia y que es harto conocido: criollos-europeos, indígenas, mestizos, negros.

En dependencia de cada país y según las condiciones de mayor o menor sometimiento a condiciones de servidumbre/esclavitud, el dominador creó también categorías adjuntas como lo mulato, lo zambo, lo *saltapatrás*, entre otras racializaciones. No obstante, otro proceso igualmente dramático es que la distribución y clasificación racial que elabora el europeo de pueblos tan heterogéneos es que la dimensión individual también ya está marcada en alcances y límites de lo que podrían hacer en una sociedad determinada -o no-. Bentouhami-Molino (2016), nos recuerda:

[...] Lo que caracteriza al racializado es que evoluciona en un mundo en el que él está ya dicho, descrito y en el cual sus conductas ya se encuentran definidas. Como bien dirá Fanon: en todas partes es previsible, en el sentido de que el ejercicio de su libertad y de su voluntad no puede realizarse sino en el marco estrecho de lo que ya han pensado para él (p. 64).



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *Niña Bahiana Brasileira*.

Es fundamental detenerse en el campo de las sujetas racializadas. La autora citada aclara que en esta determinación de los límites y alcances del contenido ontológico permitido para ellas existe un doble proceso de alienación, pero a la vez de erotización. Así, citando a Lorde (2007) Bentouhami-Molino afirma la existencia de una supresión de lo erótico como fuente de poder y, además, de la intimidad como objeto de captura de las racializadas: "En el sentido político de una atención y una vigilancia por parte de las políticas coloniales, cuyos efectos continúan teniendo en la actualidad un rol en la producción de las relaciones sociales del sexo y la raza (p. 85)". Piénsese, por ejemplo, en la erotización exacerbada de la que son sujetas las mujeres afrodescendientes o de la supuesta anulación sexual que atraviesan las mujeres indígenas en los imaginarios actuales.

En este momento del escrito es importante destacar de este lado del dispositivo es que,

más que una lectura, estas racializaciones sin duda son la manera en que el patrón hegemónico de dominación –el capitalismo- ha distribuido las correspondencias hegemónicas/subalternidades, centralidad/periferias, a partir de las pertenencias socio-geográficas de estos seres.

En este sentido, no es lo mismo una persona *india* –cuya operación mental la ubicará en América Latina- que una persona china –emplazada en el Lejano Oriente-. Hay una especie de arraigo de la lectura racista y las regiones a las que *pertenecen* estas personas. Una lectura, por demás, que adjudica a cada persona el destino de *desarrollo* actual de la región de la que proviene: aquí el encuentro entre la xenofobia, el racismo y el clasismo.

Las ontologías del dispositivo racista en América Latina

Las élites heredadas del poder colonial en Latinoamérica continuaron y profundizaron la lógica racial del ejercicio del poder. La asignación de precedencias e importancias en la escala social sobre la base del color y los respectivos roles en el aparato de explotación continuaron como lógicas articuladoras del ejercicio del poder y perduran aun hoy. Por lo anterior, se habla de *colonialidad del poder* (Quijano, 2002).

En el medio de las peleas extendidas de las élites y otros grupos de poder por consolidar la autoridad soberana de los Estados, consolidar las capacidades de regulación social y establecer mecanismos estables para la dependencia sostenida con las centralidades, los relatos de los nacionalismos se constituyeron en una especie de presumida liquidación de la cuestión de los colores.

Aparentemente, los mitos nacionales trataron de superponer los valores fundantes de estas repúblicas como anteriores y muy por encima del eterno y espinoso tema de las razas. En varios países de Latinoamérica esta superposición liquidadora de alguna correlación *prima facie* entre la nación y las razas, contribuyó a una normalización y decoloración –falsa, por supuesto- de las relaciones de poder.

Decoloración en realidad que es una impostura para que, en nombre de valores republicanos, las sociedades dejen de pensar en torno del verdadero dispositivo articulador del poder en la región: el racismo. La república, la democracia, las libertades, el progreso, el avance, la modernidad, el desarrollo, la globalización serán todos correlatos que buscarán esconder la realidad de nuestros mentidos sistemas que, a la vez de democráticos, son coloniales.



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: Recuerdo de mi madre en los algodones.

Todos estos correlatos serán instrumentos que destañarán el verdadero ejercicio del poder en la región y habrá, a lo largo del transcurrir de la historia de la región, quien plantee la expiración de la cuestión de las razas o su planteamiento como *problemas*.

Otros desplazamientos de la cuestión de las ontologías raciales en el relato nacional, buscarán legitimar, a través de los mecanismos de dominación, ya sea mediante una configuración supuestamente democrática entre ellas –el caso de Brasil-, la inexistencia o barbarización de lo no blanco –Argentina- o la exaltación de una ontología específica presentada como nueva y que a pesar de su profunda imprecisión en términos raciales, servirá para continuar legitimando la “entronización” –como dice Segato (2006)- de las élites blancas y la hegemonía de lo blanco en el amplio espectro de las re-

laciones sociales de abajo hacia arriba y en los espacios horizontales, sin lo cual, consideramos, sería imposible esta entronización que, en sí, es una culminación de lo blanco como paradigma total del universo republicano *no declarado*.

Nos referimos a esta exaltación ontológica específica, por ejemplo, con el mestizaje. En Latinoamérica este opera como una disolución de cualquier tipo de etnicidad que remita a un pasado prehispánico y se lo ve, a veces, como una unión sanguínea entre blanco/indígena, pero una unión que, por supuesto, no opera hacia al pasado si no hacia el presente, en el marco de las sociedades coloniales.

Así, el mestizaje podría presentarse como el esfuerzo por la petrificación, negación y arqueologización de lo indígena. Parece ser que actúa, inclusive, anclado en una lógica culturalizada. Es una forma de des-racialización de las personas. Un emplazamiento de la sociedad con su presente que no necesita o tiene que conectar o remitir a lo racial o alguna etnicidad rancia del pasado.

Este relato del mestizaje, presente en México y Centroamérica y en amplias zonas de Sudamérica, produce también una especie de entronización –no del tipo de las élites blancas y de lo blanco en el poder– para la subalternidad –que tiene que ver con un blanqueamiento cultural imperfecto, más que con una mestización propiamente dicha–. Aquí vemos al dispositivo racista actuando para disolver racialidades y sus historias y cómo él también crea nuevas ontologías que, aparentemente culturalizadas y desteñidas de cualquier cuestión racial, aún sigue maniobrando todas las lecturas señaladas con anterioridad, incluso, a través de esta mentida culturización de la identidad y la puesta en segundo plano de los colores y sus historias.

Por otro lado, con relación a lo indígena la mirada arqueologizadora al considerarle como una cuestión que quedó en el pasado, crea resistencias contra cualquier manifestación histórica concreta en el presente. Todo debe ajustarse y ser coherente en las matrices del desarrollo globalizado.

Muchos pueblos y naciones indígenas que tienen plenitud existencial en nuestra región no gozan del mismo estatuto ni ontológico ni epistémico con relación a lo blanco o a lo mestizo porque la reticencia de estos pueblos a sumarse a la destrucción encarnizada de la Tierra y sus recursos les hace aparecer como fuera de lugar.

Por eso, para el dispositivo racista será mejor folklorizar al presente indígena a fin de reducir en la sociedad los impactos que pueda tener cualquier muerte individual y colectiva de estas identidades históricas, hechos que suceden todos los días. ¿Qué importancia puede tener la muerte de gente que está viviendo todavía en matrices pasadas?

Probablemente, el dispositivo racista establece una racionalidad para justificar que estas muertes en realidad son la cúspide final de residuos culturales que quedaron extintas en el pasado. De ahí que la cruzada occidentalizadora de los Estados nacionales justifique tanto el genocidio como el epistemicidio. Al fin de cuentas, el genocidio siempre llevará consigo la disolución concreta de los saberes y su herencia científica objetivada. La cuestión acá es si estos pueblos tienen suficiente estatuto de vigencia ontológica como para que no mueran. Evidentemente, desde la mirada del occidental, no lo tienen.

Con relación a las ontologías afrodescendientes, el dispositivo racista, especial



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *Mujer Bahiana*.



Autor: Marvin Martínez Jr. Título: *Esperanzas de volver a estar juntos*.

mente a través de los mitos nacionales, les ha dejado un lugar hartamente complejo y que varía bastante de un país al otro. En los países latinoamericanos donde se les reconoce, son completamente invisibles en las dinámicas del poder o, se los ubica en un lugar supuestamente democrático, pluricultural o multicultural, lugar, claro está, en el que tienen que bregar con la hegemonía cultural eurocéntrica/blanca.

La realidad es que, junto a los millones de indígenas folklorizados o no, las personas afro son las más pobres y las regiones donde tienen mayor presencia, las relaciones con el Estado son especialmente violentas y los niveles de explotación de los recursos es asimétrica con las condiciones de pobreza. Estos que también vinieron de otro continente esclavizados –no son los que estaban aquí como los indígenas-, el dispositivo los trata con una ajenidad lapidaria. Unas veces los folkloriza, sexualiza y otras veces los niega, como en el caso argentino o no tienen visibilidad en la perspectiva hegemónica de lo cultural –que sí ha podido incluir *retazos mestizos*– como en México.

Es necesario avanzar hacia la desactivación constante de este dispositivo, potente en sus lecturas, efectos y articulaciones. La necesidad de abandonar los lentes del dominador que nos normaliza este orden injusto, pero difícil de cuestionar por esa profunda y enmarañada superposición de valores,

racionalidades y perspectivas eurocéntricas –hegemónicas, a veces reaccionarias y a veces críticas, inclusive-. Nuestro horizonte está construido sobre una sociedad plural en su fundamento racial y, por tanto, democrático en el ejercicio del poder. Desenmascarar a quienes se entronizan a costa de la desracialización o la disolución de nuestros pueblos, es una tarea urgente para la independencia absoluta de nuestra región.

Referencias bibliográficas

- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La frontera. La nueva mestiza*. Capitan Swing: Madrid.
- Bentouhami-Molino, H. (2016). *Raza, cultura e identidades. Un enfoque feminista poscolonial*. Prometeo Libros: Buenos Aires.
- Echeverría, B. (2007). *Imágenes de la blanquitud*. Recuperado de <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Bolivar%20Echeverria,%20Imagenes%20de%20la%20blanquitud.pdf>
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurcentrismo y América Latina en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- Segato, R. L. (2006). *Discriminación y acciones afirmativas. Herramientas conceptuales*. Recuperado de <https://www.portaldeperiodicos.idp.edu.br/observatorio/article/view/686>
- Segato, R. L. (2007). *La nación y sus otros*. Prometeo Libros: Buenos Aires.
- Segato, R. L. (2010). *Géneroy colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial*. Recuperado de https://nigs.ufsc.br/files/2012/09/genero_y_colonialidad_en_busca_de_claves_de_lectura_y_de_un_vocabulario_estrategico_descolonial_ritasegato.pdf
- Segato, R. L. (2018). *Contra pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros: Buenos Aires.
- Wallerstein, I. y Quijano, A. (1992). La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 6 (2), 583- 591.